

La fototeca de la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de México

MARÍA EUGENIA RODRÍGUEZ PARRA
CARLOS ALFONSO LEDESMA IBARRA¹

Desde hace ya más de una década, en la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de México ha crecido notablemente el interés por el estudio del arte y su conservación. La inclusión de seminarios de investigación —dirigidos a impulsar la elaboración de tesis en esa área— en los planes de estudio de las diferentes licenciaturas que brinda esta institución, más una serie de actividades tendentes a analizar, comprender y difundir temas sobre el arte de México y del mundo occidental, han encontrado eco en los estudiantes de Historia, en un primer momento y, posteriormente, en otros como los de Letras Latinoamericanas y Ciencias de la Información Documental. Al mismo tiempo, un público muy variado responde entusiasta y comprometidamente a diplomados, cursos intersemestrales, conferencias, presentaciones de libros y exposiciones museográficas que se organizan regularmente desde hace más de tres lustros y que han venido incrementándose.

Una de las actividades más valiosas en las que la Facultad colaboró fue el proyecto de investigación del “Catálogo de Escultura Novohispana” del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM, coordinado por la doctora Elisa Vargas-lugo y en el que participaron el Instituto Nacional de Antropología e Historia, la Dirección General de Sitios y Monumentos del Patrimonio Cultural del CONACULTA, así como los gobiernos de los estados de Hidalgo, México, Oaxaca y el Distrito Federal, entre 2001 y 2006. Este esfuerzo a escala nacional permitió la generación de un catálogo virtual e impreso del acervo de escultura novohispana,

¹ Adscritos a la Licenciatura en Historia de la Facultad de Humanidades de la UAEMÉX.

además de que, por primera vez en la historia de la catalogación del país, se estaba conformando una ficha única de catalogación que sería válida para INAH, DGSM-CONACULTA y el IIE-UNAM. Este último proporcionó el equipo requerido, mientras que el financiamiento para el proyecto corrió a cargo de Fomento Cultural Banamex en las dos primeras etapas, de 2001 a 2002. En 2003 el recurso económico provino del Gobierno del Estado de México a través de la entonces denominada Secretaría de Educación, Cultura y Bienestar Social. Durante el año siguiente no se contó con apoyo financiero, por lo que se tuvieron que suspender las labores de catalogación. En 2005 el financiamiento corrió a cargo nuevamente del IIE-UNAM y en 2006, por falta de presupuesto, se suspendieron definitivamente los trabajos de catalogación en nuestro estado, pero se continuaron con diversa fortuna en las otras sedes. A pesar de ello, se consiguió un avance aproximado de 45% de los municipios mexiquenses: se visitaron 112 inmuebles y realizaron 1,641 fichas. La experiencia adquirida en este proyecto fortaleció la convicción de enriquecer las áreas disciplinarias de estudio del arte mexicano con las dedicadas al conocimiento y conservación del patrimonio artístico y cultural del Estado de México.

Con esos propósitos, se organizó un Diplomado en Historia del Arte Mexicano que tuvo como sedes la propia Facultad de Humanidades y el Museo “Luis Mario Schneider”, ubicado en el sureño municipio mexiquense de Malinalco. La respuesta a este diplomado fue nutrida e interesada. Para cerrar el ciclo, se visitó la zona arqueológica del centro ceremonial indígena y el convento agustino de San Salvador, con lo que lo aprendido teóricamente pudo contrastarse y analizarse al recorrer estos monumentos.

Esta fase culminó con un suceso afortunado: uno de los asistentes al diplomado, el joven fotógrafo Ricardo Rosas Pliego, interesado desde tiempo atrás en llevar un registro gráfico del patrimonio artístico del Estado de México y la República Mexicana, donó a la Facultad de Humanidades sus archivos digitales con más de 51,000 imágenes, acervo con el que se inició el fondo de la Fototeca “Ricardo Rosas Pliego” de la propia Facultad.

Ricardo Rosas explica que su interés por documentar gráficamente las obras artístico-culturales de nuestra entidad federativa se inició hace ocho años y su acervo está en permanente crecimiento. Actualmente lo integran más de 51,000 imágenes digitales almacenadas en su computadora personal, en un respaldo externo y en la Facultad de Humanidades de la UAEMÉX. Todas las fotografías son de su autoría. La temática que abordan corresponde a sus principales áreas de

interés, esto es, arquitectura, pintura y escultura de la época novohispana, aunque también incluye zonas arqueológicas del México Antiguo y, en menor proporción, áreas naturales y arte de las épocas independiente y contemporánea.

Los gastos que supone el desplazamiento a los sitios respectivos y el material que requiere son costeados por el mismo Ricardo Rosas Pliego, cuyo interés se sustenta en su profundo aprecio personal a la rica historia y al arte de nuestro país. A lo largo de los últimos ocho años, ha utilizado tres diferentes cámaras fotográficas; actualmente trabaja con una Panasonic Lumix DMC-LZ6 de 7.2 megapíxeles y un zoom óptico de 24x, que le permite captar detalles escultóricos inclusive en las partes altas de las torres de las iglesias. El 2010 ha sido el más prolífico para su colección pues captó poco más de 10,000 gráficas. La calidad, cantidad y tipo de imágenes que ha capturado han cambiado necesariamente con el tiempo.

La calidad ha dependido de la cámara que emplea y de la habilidad, cada vez más desarrollada, de su experiencia como fotógrafo. La cantidad va en aumento conforme ha aprendido a apreciar cada vez más segmentos y detalles de los monumentos que analiza. Ricardo Rosas está muy consciente de que el tipo de imágenes que toma tiene mucho que ver con lo que trae en la cabeza y con sus conocimientos sobre el objeto de estudio; por ello, se esmera en aumentar constantemente la cantidad y la calidad de su trabajo.

Su colección comenzó como un mero anecdotario de viajes. Sus primeras fotografías son muy generales y las conserva impresas en papel fotográfico. Cuando tuvo en sus manos su primera cámara digital —malísima, por cierto, según afirma—, comenzó a guardar los archivos en la computadora. Conforme se fueron acumulando, decidió ordenarlos en carpetas por estado, pueblo o municipio, y sitio o monumento. Su primer interés fueron las zonas arqueológicas. Al visitar estos centros monumentales del México antiguo, descubrió los edificios novohispanos del siglo XVI. Recuerda, por ejemplo, que esa situación la vivió en Huexotla, en el Estado de México. Las estructuras indígenas se encuentran esparcidas por el pueblo y es inevitable encontrarse con la iglesia principal. El modesto convento franciscano sencillamente lo atrapó. Sin proponérselo y a su manera, se fue adentrando en el estudio del arte novohispano hasta la fecha, tema se ha convertido en la mayor pasión de su vida.

Ricardo Rosas ha acumulado una rica y variada serie de experiencias, gratas e ingratas, que, como él mismo relata, no lo han hecho ceder en su afán, aunque

en ocasiones lo desmotivaron, pues ya tuvo la desagradable experiencia de ser conducido a la Comandancia del municipio de Ozumba, Estado de México, por “fotografiar los retablos que han sido saqueados” del ex-convento de Chimalhuacán–Chalco. En otra ocasión, los policías lo rescataron de la ira de una comunidad indignada por causas poco claras, pero que pusieron en peligro la integridad de su persona. Tampoco olvida la angustia por no tener en dónde pernoctar y la consecuente noche en una banca del portal del convento de Yaxcabá, Yucatán; así como las amenazas y hostilidades de los sacerdotes de Otumba y de Ayotzingo, en el Estado de México, que lo hicieron pensar por un momento en no regresar, por lo menos no en un corto plazo.

Tiene presente también la descarga de adrenalina que experimentó al penetrar en recintos donde no había nadie más, como le sucedió en Huatlatlahuacan, Puebla. La necesidad de fotografiar lo llevó a saltar bardas, porque el convento que le interesaba estaba cerrado; en algunas ocasiones lo sorprendieron, en otras se salió con la suya. Al mismo tiempo, recuerda con emoción las muestras de gratitud en Acanech, Yucatán, donde un matrimonio ya entrado en años lo invitó a comer a su casa; y las felicitaciones de un mayordomo en San Miguel Chapultepec, Estado de México, por el respetuoso interés que mostró ante los monumentos novohispanos.

La dedicación que Ricardo Rosas ha tenido para registrar gráficamente el patrimonio artístico novohispano lo lleva a afirmar, sin dudas ni temor a exagerar, que podría escribir un manual para el fotógrafo aficionado a los monumentos histórico–artísticos, en el cual expusiera sus recomendaciones y experiencias, sobre todo, porque se debe considerar que este patrimonio es todavía y, en muchos casos, objeto de culto y veneración para las comunidades donde se encuentra.

Por otro lado, la donación de su colección a la Fototeca de la Facultad de Humanidades de la UAEMÉX la considera como un acto de responsabilidad, de compromiso con la sociedad, además de la satisfacción que le produce compartir. Desea que esto desencadene más acciones positivas, que haya más donaciones, que los estudiantes, profesores e investigadores se acerquen a ella, así como que el acervo crezca y sirva a los estudiosos de la historia y en particular en la del arte.

Por supuesto, él mismo es el primero en seguir fotografiando para aumentar este acervo, inspirado actualmente en una frase de la maestra Cecilia Gutiérrez, que leyó en el libro de homenaje a la erudita historiadora del arte novohispano Elisa Vargaslugo: *De arquitectura, pintura y otras artes*, donde se dice: “...la

aventura de fotografiar para registrar y registrar para investigar... la fotografía del historiador del arte lleva una carga adicional muy puntual, con la que pretende muchas cosas: documentar, rescatar, preservar, destacar, aseverar, mostrar, denunciar y difundir”.

Así pues, Ricardo Rosas está convencido de que para realizar tan constante y disciplinada labor a la que nadie lo invitó, por la que no se le remunera y que no tiene antecedentes ni vínculos familiares, se requiere un fuerte motivo subjetivo: la identificación, la empatía, la certeza que le hace creer que ya estuvo ahí, que las piedras lo llaman, que lo eligieron. Si no es así, afirma, no encuentra explicación a su apasionado quehacer.

El método para organizar el material que eligió Ricardo Rosas, señalado líneas arriba, supone una gran ventaja para el registro de cada una de las fichas por su formato digital, pues al estar ordenado cuidadosamente por lugares en una serie de carpetas, se facilita el acceso a la información indispensable para poder catalogarlo adecuadamente. Esta tarea inició en agosto del 2009 gracias al trabajo realizado por las alumnas Martha Margarita Contreras Moreno y Yussel Arellano Navarrete, quienes cubrieron su Servicio Social iniciando la catalogación de este Fondo, al mismo tiempo que experimentaron las bondades de aprender sobre historia del arte mexicano, situación que las acercó más a su área de acentuación: Servicios Histórico Culturales, lo mismo que a las metodologías propias de la historia del arte y de la iconografía.

Como ellas mismas reconocen, no fue un trabajo sencillo, se requirieron muchas horas de dedicación para llevarlo al cabo, pero el resultado fue satisfactorio a pesar de que el porcentaje de fichas catalográficas fue modesto en relación con el total de registros: se revisaron aproximadamente cien carpetas y se catalogaron mil monumentos.

Como es obvio, se optó por comenzar el trabajo con el acervo del Estado de México, por las importantes posibilidades que abre para el estudio, la conservación y la investigación, tanto en el campo de la academia, como en el de la difusión. Las fichas catalográficas que se utilizaron para ello cuentan con los datos siguientes: nombre del inmueble, dirección, localidad, entidad, municipio, objeto, título de la pieza, autor, época, materiales, técnica, descripción, observaciones, fecha de elaboración de la pieza, fecha en que se fotografió y fecha de elaboración de la ficha. Su objetivo fundamental consiste en conformar un registro que permita el control de este inmenso archivo fotográfico que, como ya

se mencionó, sigue creciendo gracias a la generosidad de Ricardo Rosas, que lo actualiza regularmente.

Inclusive, se ha logrado constatar, desgraciadamente, la pérdida de algunas obras que habían sido fotografiadas con anterioridad y que ya no están en el lugar visitado, lo cual corrobora un problema muy grave que se vive no sólo en nuestro país, sino en todo el mundo: la desaparición del patrimonio artístico de la humanidad. Éste tiene muchas causas, algunas de carácter natural, por la acción del tiempo, pero que pueden corregirse por medio del cuidado y la restauración. Sin embargo, hay otras que son más difíciles de eliminar. Así, el robo, el descuido, la ignorancia y la complicidad que, en muchas ocasiones, hace que este patrimonio artístico circule en los canales del tráfico ilegal en el mercado negro y se pierda irremediablemente. Tal fue el caso de una imagen de Santa Rosa de Lima del siglo XVII que se conservaba en la capilla dedicada a esta santa en San Andrés Cuexcontitlán, municipio de Toluca, en el Estado de México, la cual fue sustraída en enero de 2006. Esta nefasta situación puede paliarse en alguna medida con el registro gráfico y la catalogación de este patrimonio, como se ha demostrado en distintos países del mundo.

En este quehacer, las fototecas especializadas en arte adquieren un valor fundamental, puesto que su tarea va más allá del cuidado, la conservación, la investigación y la difusión de estos acervos gráficos. En estos lugares se proporciona la información precisa para formular una demanda penal, sustentarla y documentarla gráficamente para que pueda ser presentada y admitida por las autoridades correspondientes y, a su vez, éstas la hagan llegar a las instancias internacionales, que son las que difunden la denuncia y propician que los museos, las galerías de arte, las subastadoras y los especialistas que se dedican a la compraventa de estos objetos sean alertados y estén atentos para recuperar las piezas sustraídas.

Por otro lado, se sabe bien que las instituciones encargadas de resguardar y conservar el patrimonio artístico de nuestra nación, en muchas ocasiones no cuentan con el personal ni con los elevados recursos económicos que se necesitan para llevar a cabo su labor de una manera más eficiente, debido a innumerables problemas entre los que destacan, por ejemplo, el amplio y vasto mundo artístico-cultural mexicano que las sobrepasa y, en el caso del arte sacro de la etapa colonial, la cuestión de que una significativa cantidad de éste se encuentra expuesto a la veneración religiosa y, en caso de robo, lo que les importa a los

fieles es la reposición de la imagen venerada, por lo que exigen alguna copia pintada o alguna estampa de buen tamaño sin que importe demasiado que no sea la que originalmente se veneraba en el lugar; debido a ello, se hace más difícil su recuperación, porque los directamente interesados suspenden el seguimiento del ilícito y, al pasar el tiempo, se olvida o se soslaya el hecho.

Como se desprende de todo lo anterior, es claro que la Fototeca de la Facultad de Humanidades, que inicia su quehacer con la catalogación del vasto acervo donado por Ricardo Rosas, será un espacio abierto al estudio, la investigación y la difusión del patrimonio histórico-cultural de nuestro país, un laboratorio donde se den cita los especialistas y los interesados en la historia del arte mexicano y un lugar donde se acuda para solicitar fuentes gráficas documentales que ayuden al rescate de este patrimonio, en caso de desaparición.